

ENTRE UNA ‘NUEVA HISTORIA’ Y UNA ‘NUEVA HISTORIOGRAFÍA’ PARA LA HISTORIA POLÍTICA DE AMÉRICA LATINA EN EL SIGLO XIX

Guillermo Palacios
El Colegio de México

Publicado en Guillermo Palacios (coord.): *Ensayos sobre la nueva historia política de América Latina, s. XIX*. México, El Colegio de México, 2007

Los textos que el lector tiene en las manos son resultado de ponencias presentadas en un coloquio internacional que se celebró en El Colegio de México en noviembre de 2003 sobre el tema *Los caminos de la democracia en América Latina, siglo XIX: revisión y balance de la ‘nueva’ historia política*. El encuentro fue auspiciado por el Comité Internacional de Ciencias Históricas y la Unesco, a través del Comité Mixto que reúne los esfuerzos de ambas instituciones en pro de la investigación y divulgación del conocimiento histórico.¹ Los propósitos del

¹ Aprovecho para agradecer la colaboración de quienes hicieron posible el encuentro. En primer lugar, la representación de la UNESCO en México, a la época encabezada por el Dr. Gonzalo Abad, que estuvo siempre a disposición de los organizadores para resolver los problemas que fueron surgiendo. Su sucesor en el cargo, Dr. Luis Manuel Tiburcio, continuó el apoyo que permitió la coedición del volumen. El entusiasmo del Dr. José Luis Peset, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas de Madrid, resultó fundamental para que El Colegio de México fuera escogido para ser sede del coloquio y para deshacer algunos pequeños nudos que se presentaron durante los meses de planificación del evento. En los aspectos financieros la Oficina de la UNESCO en La Habana, Cuba, prestó la asistencia necesaria. El Dr. Jean-Claude Robert, Secretario General del Comité Internacional de Ciencias Históricas, acompañó la fase de preparación y estuvo presente durante las sesiones del seminario. Evelyn Yanin Hernández, por entonces Asistente de la Dirección del Centro de Estudios Históricos, realizó todo el trabajo brazal de la organización del Coloquio, desde las andanadas de comunicaciones electrónicas hasta la organización de las mesas y los reclamos por los textos escritos y revisados. En esta última fase también ha sido crucial la colaboración de Tania Lizbeth Meléndez Elizalde, quien se desempeña en la actualidad como Asistente de la Dirección del CEH, y quien se encargó de buena parte del trabajo de preparación editorial del volumen. La idea original del coloquio se debe al Dr. Germán Carrera-Damas, el ilustre historiador, embajador y hombre político venezolano. Por diversas circunstancias, el proyecto original tuvo que ser modificado sustancialmente, pero queda aquí nuestro agradecimiento por su colaboración y apoyo. Infelizmente, algunos participantes del Coloquio no pudieron convertir sus exposiciones en textos escritos, por lo cual no participan en este libro. Me refiero a los Dres. Josefina Zoraida Vázquez, Antonio Annino, Tulio Halperin Dohngi y Jaime E. Rodríguez O.

coloquio, como su subtítulo lo indica, estaban centrados en analizar, tanto desde el punto de vista teórico como del metodológico y a partir de estudios de situaciones empíricas, la naturaleza de las nuevas tendencias historiográficas que crecieron y se consolidaron en las últimas décadas del siglo pasado al amparo de una renovación de los enfoques y de los temas de la historia política del sub-continente, anclados casi todos ellos en la revaloración de la historia de la cultura política y en ejercicios de amalgama entre la historia de la cultura y la historia política propiamente dichas. Desde ciertas perspectivas, estábamos en un *momento historiográfico* en que parecía que nos aproximábamos a un callejón sin salida, producto de la aparición de cada vez más estudios que abordaban casos diversos bajo premisas semejantes, que llegaban con frecuencia a conclusiones muy parecidas (si bien aplicadas a espacios geográficos diferentes) o que presentaban pequeñas variables con relación a sus antecesores: una reiteración de lo ya conocido, sin salidas para otras perspectivas, una secuencia de estudios de caso que confirmaban hallazgos anteriores. Entre las ideas del coloquio se encontraba la de analizar esta aparente situación de *cul de sac* y proponer vías alternas de salida, que, sin abandonar una recién conquistada autonomía historiográfica del campo político, impidieran que ésta se convirtiera en aislamiento, y permitieran una nueva articulación con los otros territorios de la historia de América Latina.

El llamar a esas corrientes de ‘nueva’ historia política fue, por un lado, una provocación destinada a encender el debate, y por el otro una propuesta hipotética que nos obligara a reflexionar sobre continuidades y rupturas en el campo de la historia de los fenómenos políticos decimonónicos, tema sobre el cual nos referiremos más adelante. Fue también un jugueteo con denominaciones hermanas, como la ‘nueva’ historia cultural y, con menos identificación, con la ‘nueva’ historia económica. (Con respecto a ésta última, es evidente que la ‘nueva historia política’, si la hay, carece de los elementos fundamentales que garantizan la ‘novedad’ de la *cliometría*, como es el sustento de nuevas bases teóricas y, sobre todo, de nuevas fuentes). El mantener el adjetivo en el título de este volumen tiene más o menos los mismos fines, ahora dirigidos al lector, y cumple con un deber elemental de fidelidad con el evento que le dio origen.

En el cimiento de la propuesta del coloquio estaba pues una pregunta sobre los alcances y límites de esas nuevas corrientes, de esa ‘nueva’ historia, de ese conjunto de nuevos enfoques. Durante años, en especial a partir de inicio de los años 1980, numerosos autores habían iniciado la construcción de la autonomía del campo de la historia política, tratando de liberarla de las determinaciones que durante décadas le habían sido impuestas por la historiografía económica marxista y *annalista*, y que la convertían en una mera variable subordinada de los fenómenos económicos. Esos movimientos revisionistas tuvieron varios orígenes y se desdoblaron en diversas perspectivas teóricas y analíticas. Algunas de ellas, haciendo un eco dialéctico del paradigma derribado, enfatizaron los valores individuales del liberalismo, tiñendo en muchos casos de ideología (tal como lo había hecho la historiografía marxista) los hallazgos teóricos y los descubrimientos que esas nuevas perspectivas permitían. Mucho más énfasis en esa peculiar característica de algunos de los practicantes de dicha modalidad fue puesto por sus adversarios, oriundos de tradiciones teóricas diversas y adversas. En otras palabras, el retorno del individuo, el renacimiento del actor, como lo llamó hace años Touraine,² la recuperación del accidente y del azar en la historia, sirvieron para todos los gustos, sobre todo cuando ese revisionismo “liberal” se identificó (y se le identificó) como un proceso resultante del fin de la meta-narrativa historiográfica marxista, esto es, del eclipse de la perspectiva de “izquierda”. Aquí hay material para escribir una historia política de la historiografía política del siglo XX.

Sin embargo, sería miope y tremendamente injusto reducir el surgimiento de esa ‘nueva’ historia política a una especie de revancha historiográfica de los ex oprimidos contra sus antiguos verdugos, ahora convertidos en mudas víctimas del destino, o, si se quiere, de un error en sus previsiones de largo plazo. Hubo quien así lo entendió y en esa dirección orientó su práctica, pero fueron los menos, si bien no dejan de ser significativos. Por el contrario, la mayoría de los

² Alain Touraine, *El regreso del actor*. Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1987.

adeptos de las corrientes historiográficas revisionistas de los fenómenos políticos dirigieron sus baterías a una amplia y compleja reevaluación no sólo de los avatares del liberalismo en el siglo XIX, sino de su complemento institucional, la democracia, y en especial de los tortuosos caminos a lo largo de los cuales ésta fue siendo implantada en algunas regiones del mundo occidental. Destaque especial mereció en esa empresa el mundo Iberoamericano, por algunas razones que son prácticamente de dominio público. En primer lugar, como una especie de tributo al hecho de que en estas partes del mundo, tan frecuentemente acusadas (ya por entonces) de atrasadas e inmaduras, se dio un proceso inédito de experimentación política. En un plazo de veinte años aproximadamente, con la monumental excepción de la América portuguesa, decenas de antiguas posesiones monárquicas, viejas de siglos, muchas de ellas denominadas reinos, se transformaron en otras tantas repúblicas liberales, sujetas a mecanismos de representación popular estructurados con base a procedimientos y discursos, sobre todo discursos, de algo que entonces comenzaba a identificarse, vagamente, con la “democracia”. No deja de ser una paradoja que cuanto más las antiguas posesiones ibéricas en América reclamaban el estatuto de reinos autónomos, equivalentes a sus pares peninsulares, más se afianzaba la perspectiva republicana como alternativa a la re-colonización esbozada por las Cortes españolas.

Una ‘nueva’ historia política que se respete debe tener como punto de referencia una ‘antigua’ o ‘vieja’ historia antes de sí. No necesariamente como un cordón umbilical, sino como un vaso comunicante. Entonces hubo que construir esa tradición, cerrar su campo para poder establecer las diferencias y visualizar, poner en relieve, las novedades (y aquí es donde muchos de los participantes del debate, incluidos varios de los contribuyentes a este volumen, parten lanzas, como se verá más adelante). Ésta podría ser entonces la que se construyó a lo largo del siglo XIX, una historia política que en muchos sentidos era ‘La Historia’ en sí, y que todos estamos hartos de conocer: la historia como aventura del Estado, la gestas heroicas de los fundadores de la nacionalidad, las guerras por la definición y consolidación de las fronteras, los pro-hombres de la diplomacia, los inmensos estadistas que nos dieron patria. Una patria que se quería laica,

moderna, compuesta por la reunión de individuos libres e iguales, pautada en el modelo del liberalismo, con sistemas políticos basados en los principios de la democracia representativa en los que reinaba el individuo, el voto libre y las elecciones como mecanismos de formación del campo político. Esa primigenia historia política, emprendimiento de grande aliento, no hay duda, que produjo obras clásicas, seminales para el avance posterior del conocimiento histórico, es inseparable del nacimiento y formación de los Estados nacionales. Y sin embargo fue ella, de alguna manera, la base para que se construyera el mito del liberalismo latinoamericano decimonónico y el espejo en el que se formaron sus antagonismos.

Alrededor de la mitad del siglo pasado, la historia política tradicional de América Latina se encontraba ya en un avanzado estado de descomposición y desprestigio en los círculos académicos. Su contenido y proyección hacia el presente eran objeto del más profundo escepticismo en los círculos informados, populares o no, de las sociedades latinoamericanas. El liberalismo decimonónico y sus proclamaciones de libertad e igualdad ante la ley se habían quedado en las declaraciones y en las construcciones retóricas, los desequilibrios sociales y económicos se acentuaban, los individuos modernos no aparecían por ningún lado y los intereses corporativos y gremiales seguían siendo la norma en los conflictos de intereses al interior del Estado y a lo largo y ancho de la sociedad. Ésta no se organizaba en partidos modernos sino que seguía el comando de oligarquías regionales, caudillos locales, jefes políticos pueblerinos, y los indispensables hombres fuertes. Como consecuencia, el voto era manipulado y los procesos electorales se resolvían en fraudes que frecuentemente quebraban la tenue norma constitucional. El sistema de representación política era una caricatura siniestra de los modelos originales. El resultado no era la alternancia en el poder de los diversos grupos en pugna en el campo político, sino los golpes de Estado, los pronunciamientos, las rebeliones caudillescas, los cuartelazos y las guerras civiles. Los adversarios eran enemigos, frecuentemente tachados de traidores de la patria por la facción vencedora, y su lugar era el exilio, la cárcel o el cementerio. Parecería que estuviéramos ante una sociedad que trataba inútilmente de regirse por un sistema que no era el

adecuado a las características que sus procesos históricos habían construido, un sistema que le era ajeno.

El desarrollo de ese tipo de tendencias claramente alejadas de los modelos un tanto cuanto ideales del liberalismo europeo llevó la historia política, en especial la de nuestro continente, al descrédito. Si a eso sumamos el apogeo de las perspectivas economicistas y *tecnologistas* que dominaron a la historiografía de esos años podemos aquilatar el tamaño del deterioro sufrido por los estudios de historia del campo político en América Latina, y la fuerza de la consecuente leyenda negra que se fue tejiendo a su alrededor, que se resumía a lo siguiente: la historia política de América Latina, además de ser, como todas, una historia subordinada a y dependiente de los hechos económicos, estaba constituida por engaños y falsedades, por fraudes y violaciones de la regla, por manipulaciones y demagogias. Nada de eso merecía ser estudiado por una historiografía que se quería moderna, científica, buscadora - y no constructora - de la verdad.

El resurgimiento del interés por la historia política latinoamericana fue también resultado de los avances realizados por otros historiadores en el campo de la historia cultural, en particular en aquellas ramas que comenzaron a constituir una *nueva* historia cultural, cuyas orígenes pueden ser trazadas al influyente libro de Habermas sobre la formación de la esfera pública.³ Una historia cultural centrada en la comunicación y sus medios, en la circulación de ideas, y consecuentemente en la multitud de nuevas prácticas sociales que se hicieron necesarias para que esos intercambios se desarrollaran, o bien, desde otra perspectiva, en la multiplicación de los espacios de sociabilidad que produjeron, gracias a su propia constitución, ese intercambio. De aquí surgió una junción clara entre la vieja historia de las ideas y la un poco menos vieja historia de las mentalidades y la historia cultural, y el resultado invadió el terreno de la historia política y

³ Jürgen Habermas, Strukturwandel der Öffentlichkeit : Untersuchungen zu einer Kategorie der bürgerlichen Gesellschaft. Berlín, Luchterhand, 1969. Publicada en español como Historia y crítica de la opinión pública. Traducción de Antonio Doménech con la colaboración de Rafael Grasa. México / Barcelona, G. Gili, 1997 (5ª ed.).

se convirtió en una *nueva* historia (o una nueva mirada historiográfica) de este campo en la medida en que integraba ingredientes del mundo de la cultura y de las prácticas sociales; esto es, de la cultura y de lo social, distantes (y muchas veces opuestas a, o como reflejo invertido) del Estado, como nunca antes se lo habían estado en los estudios históricos. Ése puede ser uno de los sentidos del adjetivo ‘nueva’ aplicado a cierto tipo de historiografía política contemporánea. De cualquier manera, la mezcla dio por resultado la constitución de un campo que rápidamente atrajo la atención de centenas de historiadores y el resurgimiento del interés por la historia de la política como historia de la *cultura* política. Una ‘variante’ que reunía en su seno nociones y prácticas, conceptos y procedimientos, y que producía una amalgama que superaba tanto el determinismo materialista de los diversos positivismos que dominaron la primera mitad del siglo XX como las metafísicas idealistas que intentaron reaparecer como alternativas (o soluciones) a la decadencia del marxismo.

Así, la historia política se hizo historia de la *cultura política*, y un nuevo instrumental analítico, en parte sacado de los viejos baúles de la sociología decimonónica tardía, tuvo que ser actualizado, creado y afinado para poder trabajar las nuevas perspectivas y los nuevos temas que emergían de la junción. La historia política como historia de la cultura se impuso como una primera tarea la recuperación de aquellos ingredientes de la realidad social que habían sido durante tanto tiempo menospreciados o, cuando menos, subestimados, como pistas para el estudio de los fenómenos políticos. El estudio de las prácticas de lectura, de los círculos de lectores, de la clandestinidad literaria, del paso del debate estético al político en los círculos privados, de la formación de una opinión pública igualmente privada como manifestación de una incipiente sociedad civil, de los espacios donde esas prácticas nuevas se desarrollaban, motivó el resurgimiento del interés por lo simbólico, por el poder político de las representaciones sociales, por el papel que los imaginarios, como noción que intentaba superar las limitaciones de la historia de las ideas y de la de las mentalidades, jugaban en la definición del mundo de la política. Eso sin demérito de otras corrientes historiográficas que se abocaron a estudios más

‘empíricos’ en los que destacaban las transformaciones de las prácticas derivadas de los nuevos conceptos de la modernidad liberal, tales como el ejercicio de la ciudadanía, de la soberanía y de los atributos de la nación, etcétera.

Por otro lado, no hay cómo negar la importancia de la producción académica resultante de las celebraciones del segundo aniversario de la revolución francesa de 1789 en la consolidación del campo, en especial de la monumental obra colectiva que se dedicó al estudio del nacimiento de la cultura política moderna.⁴ Un título que era, en sí, una propuesta, una hipótesis y un programa de trabajo. Porque a la junción entre la política y la cultura se añadía ahora el tema de la modernidad, un hijo medio bastardo de su propio, alardeado fin, la pos-modernidad. En efecto, observadas desde ahora, las décadas de 1980 y 1990 fueron décadas que revolucionaron el pensamiento científico social, y la historiografía estuvo en el centro de esa revolución. El derrumbe del paradigma marxista, el breve pero importante renacimiento de la Escuela de Frankfurt, en especial la actualización de la obra de Adorno y Horkheimer sobre la Dialéctica del Iluminismo⁵ (y la relectura menos espectacular, pero igualmente importante de Antonio Gramsci), el cierre, en fin, de una época cuyos inicios se ubicaron en la Ilustración y en sus *orígenes*, popularizó, por su término, la noción de ‘modernidad’ y la convirtió en una palabra clave, un nuevo termómetro con el cual medir la temperatura del campo político. Típica manía de los historiadores: el cierre del círculo de lo moderno, teorizado y postulado por quienes, como Lyotard, se aventuraron en el estudio del significado de largo plazo del derrumbe del marxismo y de las grandes narrativas en general, de la desaparición de la hempeliana *covering law* (y de cualquier otra *law*) en la historia, permitió que esa ‘modernidad’, ya ‘muerta’, cobrara un interés inusitado, permitiera un nuevo y vertiginoso punto de observación de la historia decimonónica.⁶

⁴ Baker, Keith Michael, Colin Lucas, François Furet y Mona Ozouf (eds.), *The French Revolution and the creation of modern political culture*. Oxford, Pergamon, 1989-1994. 4 vols.

⁵ Max Horkheimer y Theodor W. Adorno, *Dialéctica de la Ilustración: fragmentos filosóficos*. Madrid, Trota, 1994.

⁶ François Lyotard, *La condición posmoderna. Informe sobre el saber*. Madrid, Cátedra, 1987,

Pero no sólo de efemérides viejo mundistas se nutrió la ‘nueva historia política’ en América Latina. Muy por el contrario, su constitución tuvo fuertes raíces propias e incluso predominantes frente a las motivaciones externas. La década de 1980 fue, todos los sabemos, el inicio del fin de las dictaduras militares que desde mediados de los años ‘60 asolaron el sub-continente, mataron, torturaron y secuestraron, y de paso acabaron con las frágiles libertades democráticas que los países al sur del Suchiate, unos más, otros menos, (si bien México no se había librado del todo) habían tenido. El inicio de la redemocratización o las ‘transiciones’ a la democracia, como se ha llamado en algunos círculos a ese proceso, coincidió en grandes rasgos con la rápida descomposición del socialismo real, y poco a poco, pero inexorablemente, la opción democrática, enemistada con ambos extremos, dictadura militar de derechas y totalitarismo socialista, apareció como la única y obligada salida del laberinto. El nuevo tema de la democracia como base de todos los valores de la sociedad moderna ocupó la totalidad de los espacios de las ciencias sociales y de las humanidades, y la historiografía se abocó sin demora al estudio de sus raíces en el sub-continente. Esa nueva junción, fin de la alternativa socialista y derrumbe de las dictaduras militares, una ecuación que puso en jaque las viejas nociones de ‘izquierda’ y ‘derecha’, conforme éstas se definieron a inicios del siglo pasado, le dio un impulso formidable a una historiografía política latinoamericana que buscara la revalorización y el redescubrimiento de los espacios democráticos que la habían poblado desde la constitución de los Estados nacionales. Ese es otro de los principales elementos constitutivos del marco general de la revisión de nuestro pasado que se ha dado en llamar de ‘nueva historia política’ o, entonces, de ‘nueva historiografía política’.

Si el diletantismo de los ‘80, embarcado en la disolución en el aire de la solidez marxista, produjo la enorme discusión sobre el fin de la modernidad y lo que venía después, y engatusó a buena parte de la comunidad académica e intelectual en el debate sobre la ‘pos’ - un sufijo que rápidamente se aplicó hasta al hábito de ponerle chile a las palomitas en el cine -, los historiadores comenzaron a aquilatar la pre-modernidad, como base para el estudio de lo que

acababa de morir. Eso le dio un nuevo sentido y una nueva vitalidad, un poco vampiresca, hay que admitirlo, a la vieja realidad que todos conocimos como el *Ancien Régime*, que volvió a ser un punto general de referencia cuya importancia crecía conforme el propio término de ‘modernidad’, definido como su opuesto, se iba caracterizando cada vez con mayor nitidez. La ‘cultura política moderna’, conforme la receta francesa del bicentenario, tenía como puerto de embarque el Antiguo Régimen, en cuyos muelles, depósitos y almacenes se había fraguado, lista para cruzar, entre otros mares, el Atlántico, teniendo a Tocqueville como uno de sus pilotos. Así, mientras los sociólogos y los politólogos y algunos historiadores se engarzaban y enzarzaban en el debate sobre el pos-modernismo y aparecían los estudios culturales, los poscoloniales, la historia de las mujeres, la de los subalternos en general, la “historia en migajas” y sus micro temas, una gran parte de los historiadores de la política se dedicaron a definir la modernidad no a partir de su fin, sino de su anterioridad.

El nuevo paradigma ha llevado a (y partido de) una reconsideración del contenido semántico de uno de los pilares de la historia política: el concepto de ‘revolución’. En varios sentidos, éste ha perdido su carácter de cambio brusco, de momento rutilante de los procesos políticos, y se ha convertido en muchos casos en un mero momento de institucionalización de transformaciones que se han dado en diversas esferas de la sociedad a lo largo de un periodo determinado. Y que muchas veces por esa naturaleza de media duración, por ese mutismo y falta de espectacularidad, sobre todo cuando comparados con los procesos favoritos de la vieja historia política (los motines urbanos, las sublevaciones populares, los levantamientos campesinos, las insurrecciones de grupos subalternos, etc.), valoran otras alternativas. En especial las que escudriñan las variaciones lentas, silenciosas, opacas, que van alterando la vida social y política en ritmos antes imperceptibles, porque ensombrecidos por la luz que distribuían por todo el espectro político las rebeliones armadas. Ésta es posiblemente una de las grandes contribuciones debidas al esfuerzo de muchos historiadores que se han dedicado en años recientes a recuperar lo que pudo haber sido la cultura política del Antiguo Régimen, como referencia central de la naturaleza de los

cambios y continuidades en los que se forjó la modernidad liberal latinoamericana: el estudio detallado de las décadas finales del siglo XVIII en su propio caldo, vistas a través de su propio *air du temps*, sin tener como punto de llegada los procesos de independencia ni las revoluciones que se produjeron en torno a ellos, ni mucho menos el crecimiento de los Estados y de las sociedades nacionales durante el siglo XIX. Una historia con pasado, pero sin futuro que la deforme. Como resultado, el concepto de revolución fue perdiendo su peso específico como instrumento paradigmático de cambio y dejando entrever, cada vez con más claridad, otros mecanismos de transformación social que, alejados de lo tradicionalmente considerado como ‘político’, como los que eran propios de las prácticas culturales, convergían al final hacia él. En algunos corredores académicos eso llevó a una actualización del debate sobre rupturas y continuidades en la historia de América Latina, que procedió a relativizar las primeras y a fortalecer las segundas, y a situar en las últimas décadas del siglo XIX, y no a las independencias y a los años que les siguieron, la consolidación de la modernidad en muchas regiones del subcontinente.

La revitalización de la historiografía política en América Latina (una manera que se quiere neutra de referirse a la aparición de una ‘nueva’ historia política) se hizo, como ya lo advertimos, desde la perspectiva del estudio prioritario de la cultura, tanto popular como de las elites, en cuanto que base y centro de la acción política. Al igual que los que se dedicaron a la construcción de la cultura política del Antiguo Régimen, los que optaron por revisar el siglo XIX y el presunto asalto de la modernidad sobre las sociedades tradicionales iberoamericanas lo hicieron, en su mayor parte, en un diálogo-debate constante, contrastante y contradictorio, con las nociones de los modelos euro-estadounidenses del liberalismo y de las prácticas democráticas, cuyo ejercicio (que se ha querido de manera implícita mostrar como ejemplar), parece, por otro lado, obviamente exagerado. Una vez alejados o ignorados tanto el modelo como el tipo ideal, comenzó a surgir en el diseño de los historiadores latinoamericanistas, sensible al acaso y a la acción coyuntural, una cultura política (o unas culturas políticas) específica, dotada de

características que hacían que sus *irregulares* mecanismos se revistieran de una lógica relativamente articulada, no determinista, que por su vez servía para elaborar interpretaciones más globales sobre el conjunto de las sociedades latinoamericanas. El liberalismo de aquí era diferente del liberalismo de allá, pero no por eso dejaba de ser liberalismo ni sus prácticas debían ser despreciadas como objetos de conocimiento del pasado, por más ‘desviadas’ que estuvieran de las matrices supuestamente bien comportadas de los liberalismos europeos. Después de todo, la historia política de América Latina no era el *fracaso* que se había decretado de acuerdo a los cánones de la perspectiva euro céntrica.

Uno de los puntos centrales de los debates del coloquio fue, como ya se dijo, el uso del término ‘nueva historia’ para identificar las corrientes de historiografía política que en las últimas décadas del siglo pasado habían comenzado a tomar en serio los mecanismos y vericuetos de la democracia representativa en América Latina. Es decir, el estudio, en su base, de la recepción, adaptación y práctica de los conceptos insignia de la modernidad y su relativa adecuación a la cultura política pre-existente; esto es, la que se había conformado durante los tres siglos de la relación de los territorios iberoamericanos con las metrópolis peninsulares, y en particular, la que había resultado bajo del impacto, regionalmente diferenciado, de las llamadas reformas borbónicas. Mediante esa adecuación, nos dicen los estudios más recientes, la modernidad europea pudo implantarse y funcionar en el caldo de sociedades que hasta muy entrado el siglo XIX siguieron marcadas por rasgos muy claros del Antiguo Régimen, lo que significaba, entre otras cosas, que éste, modificado ya por los vientos de modernización de las últimas décadas del siglo XVIII, había salido prácticamente incólume de las ‘revoluciones’ de independencia. En tal contexto podría defenderse la noción de ‘nueva historia’, en la medida en que la atención prestada por los practicantes de las corrientes revisionistas puso efectivamente al desnudo *una historia que no se conocía* porque sus ingredientes habían sido desestimados como fuentes de

conocimiento (de ‘verdad’) por estar plagados de vicios y corrupciones frente a las matrices originales. En ese sentido, en las últimas décadas hemos sido testigos de la aparición de una multiplicidad de estudios que conforman, de hecho, una ‘nueva historia’ de América Latina, *una historia que no teníamos*, que no conocíamos o que conocíamos a medias, en dosis beta. Sin embargo, quienes desconfían del término - la mayoría de los participantes del coloquio y de este volumen, hay que advertirlo - argumentaron y argumentan que de lo que se trata es de ‘nuevos enfoques’ aplicados a una historia que sigue siendo la misma: una ‘nueva historiografía, y no una ‘nueva historia’. ¿Pero, una no produce a la otra?

Los artículos están organizados en tres segmentos consecutivos no diferenciados, en un intento (seguramente no muy logrado, como es común en este tipo de obras) por proporcionar una estructura lógica a los diversos abordajes representados por cada una de las contribuciones. Así, una primera parte agrupa los estudios más teóricos (incluidos los que contienen balances bibliográficos de esa ‘nueva historiografía’), mientras que la segunda reúne textos dedicados a una temática específica y fundamental de la modernidad decimonónica, la de la secularización, una especie de escavadora que desbarata poco a poco el edificio del Antiguo Régimen, socavando sus cimientos ideológicos; la tercera pone lado a lado artículos que parten de premisas teórico-metodológicas implícitas de la ‘nueva historia política’ para abordar casos concretos de procesos empíricos. Por lo demás, ninguno de los colaboradores de este volumen está completamente de acuerdo en aceptar el epíteto de ‘nueva historia política’ de América Latina, aunque a muchos *se les sale* el término. La cuestión, retóricamente hablando, puede ser formulada así: ¿es la ‘nueva historia política’ de América Latina demasiado parecida con la ‘vieja’ como para ser distinguida? ¿O bien, será vista en el futuro como tan sólo una tendencia más del repertorio interminable de interpretaciones y enfoques historiográficos? ¿Se le reconocerá, por fin, como un paso importante en el enriquecimiento y recuperación de la sub-disciplina? Quien viva lo sabrá, pero independientemente de cual sea la respuesta a estas y a otras muchas preguntas que podrán hacerse al respecto, la hipótesis, si bien no comprobada en su plenitud,

tuvo buenos resultados. Logró una reflexión seria, profunda, multi-focal en términos teóricos, metodológicos e historiográficos, de la situación actual de la historia política, nueva o vieja, en América Latina. El resto son falsos problemas, elucubraciones terminológicas, visiones compartidas y bifurcadas, que siempre, afortunadamente, las habrá. Pero un futuro vigoroso para la historia política, ‘nueva’ o no, dotada o no de nuevas perspectivas y nuevas preguntas, está fuera de toda duda. Tanto los trabajos realizados hasta ahora, incluidos los que integran este volumen, como los que se llevarán a cabo en los próximos años frente a las celebraciones de los bicentenarios de las independencias iberoamericanas, han de constituir un manifiesto de renovación y una prueba de la vitalidad de la historia política y de la vida que relata.